

CUARTA PARTE.

CARTA I.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA DE ORBE.

¿CUANTO tiempo tardas en volver! no me acomodan tus idas y venidas. ¿Que de horas perdidas en venir donde siempre deberias estar, y lo que peor es en alejarte! La idea de verse por tan poco tiempo acibara el gusto de hallarse juntas. ¿No conoces que estar así alternativamente en tu casa y en la mía es no estar bien en parte ninguna; y no imaginas un medio para hacer que estés al mismo tiempo en una y otra parte?

¿Que hacemos, querida prima? ¿que de preciosos momentos dejamos perder, cuando no nos quedan ya ningunos que desperdiciar! Los años se multiplican, la mocedad empieza à huir, la vida se consume, la transitoria felicidad con que nos brinda está en nuestra mano, y omitimos el disfrutarla! ¿Te acuerdas del tiempo que eramos todavía solteras, de aquellos primeros tiempos tan gratos y tan dulces, que no vuelven à hallarse en otra edad, y que con tanta dificultad olvida el corazón? ¿Cuántas veces precisadas à separarnos por pocos días, y à veces por pocas horas, nos decíamos dándonos un triste abrazo: ah! si alguna vez podemos disponer de nosotras; nunca nos separaremos! Ahora que disponemos vivimos la mitad del año separadas una de otra. ¿Nos queremos acaso menos? Querida y tierna amiga, ambas conocemos cuanto muy fuerte y mas indisoluble nuestra inclinacion la han hecho el tiempo, la costumbre y tus beneficios. A mi de dia en dia me parece mas inaguantable tu ausencia, y no puedo

ni un instante vivir sin ti. Este progreso de nuestra amistad es mas natural de lo que parece y se funda en nuestra situacion como en nuestros caracteres. A medida que avanza la edad se concentran todos los afectos; cada dia perdemos algo de lo que quisimos, y no lo volvemos à reemplazar. Así vamos muriendo por grados hasta que al fin amándonos solo à nosotros mismos dejamos de sentir y vivir antes de dejar de existir. Pero un corazón sensible se defiende con todas sus fuerzas contra esta anticipada muerte; cuando empieza el hielo por las estremidades reúne en derredor de él todo su calor natural; cuanto mas pierde mas se ase de lo que le queda; y se agarra, por decirlo así, al postrer objeto por los nudos de todos los demas.

Esto es lo que me parece que experimento ya, aunque todavía joven. Ah! querida mia, mi pobre corazón ha amado tanto, y se ha apurado tan temprano, que es viejo antes de tiempo; de tal modo le han absorbido tan varios afectos, que no queda en él lugar para meras inclinaciones. Me has visto sucesivamente hija, amiga, amante, esposa y madre. Tú sabes si han sido para mi preciosos todos estos títulos. Disueños estan algunos de estos vineulos, y aflajados otros. Ya no vive mi madre, mi tierna madre; solo lagrimas me quedan que tributar à su memoria, y no disfruto mas que de la mitad del mas dulce afecto de la naturaleza. El amor está apagado, lo está para siempre, y ha dejado otro hueco que jamas se llenará. Hemos perdido à tu digno y buen marido, que amaba yo como à la cara mitad de ti propia, y que tan acreedor era à mi amistad y mi cariño. Si fueran de

mas edad mis hijos todos estos huecos los llenaria el amor maternal, pero como todos los demas este amor necesita correspondencia, ¿y cual puede aguardar una madre de una criatura de cuatro ó cinco años? Amamos à nuestros hijos mucho tiempo antes que puedan ellos conocerlo, y amamos reciprocamente; y no obstante necesitamos tanto decir lo mucho que los queremos à alguien que nos entienda. Mi marido me entiende, pero no me responde como yo quisiera; su ternera con ellos es sobrado racional, no pierde como yo la cabeza; quiero un cariño mas vivo, y mas parecido al mio; necesito una amiga, una madre tan loca como yo con mis hijos y los suyos. En una palabra la maternidad me hace todavía mas necesaria la amistad, por el gusto de hablar sin cesar de mis hijos sin dar fastidio. Conozco que se dobla mi gozo con los cariños de mi Marcelinito, cuando veo que te cabe à ti parte de ellos, y cuando abrazo à tu hija creo que te tengo estrechada à mi seno. Cien veces lo hemos dicho, cuando vamos à nuestros muñequillos jugar juntos nuestros corazones unidos los confunden, y no sabemos de quien es cada uno de los tres.

No para aquí; tengo motivos muy importantes para desear que estés sin cesar junto à mi, y tu ausencia es cruel para mí por muchos motivos. Piensa en mi repugnancia à todo disimulo, y en la continua reserva en que vivo cerca de seis años ha con el hombre que mas en el mundo quiero. Cada dia me pesa mas y mas mi odioso secreto, y cada dia parece que es mas indispensable. Cuanto mas exige la honradez que le revele, mas me obliga la prudencia à que le guarde. ¿Comprendes que horroroso estado es para una muger que la desconfianza, la mentira y el temor la acompañen hasta en brazos de su esposo, que no se atreva à descubrir su corazón à quien es dueño de él, y que le esconda la mitad de su vida para afianzar el sosiego de la otra? ¡Gran Dios! de quien tengo que encubrir mis mas secretos pensamientos, y ocultar lo interior de una alma de que tendria mo-

tivo para estar tan satisfecho! del señor de Wolmar, de mi marido, del mas digno esposo con quien hubiera podido el cielo remunerar la virtud de una casta doneella! Por haberle engañado una vez es preciso que le engañe todos los dias, y que me reconozca sin cesar indigna de todas sus bondades conmigo. No se atreve mi corazón à admitir ningun testimonio de su estimacion, me sonrojan sus mas tiernos cariños, y todas las pruebas que de respeto y aprecio me da las convierte mi conciencia en oprobio y señales de menosprecio. Es dura cosa tenerse que decir sin cesar: à otra que à mi es à quien acata. Ah! si me conociera no me tratara así. No, no puedo aguantar este horrible estado; nunca estoy sola con este hombre respetable sin que me vengan deseos de hincarme de rodillas ante él, confesarle mis yerros, y espirar à sus plantas de dolor y vergüenza.

No obstante, las razones que al principio me contuvieron cada dia son mas fuertes, y no me asiste motivo ninguno para hablar que no sea razon para callarme. Contemplando el apacible y sereno estado de mi familia, pienso con susto que una sola palabra puede causar en ella un irreparable trastorno. Despues de seis años que en una perfecta union han corrido, ¿he de ir à turbar el sosiego de marido tan bueno y tan prudente, que otra voluntad que la de su feliz esposa no tiene, ni otro gusto que ver la paz y el orden reinar en su casa? he de contristar con disturbios domesticos la vejez de mi padre que tan contento, tan gustoso con la dicha de su hija y su amigo veo? he de esponer à estas queridas criaturas à estas criaturas amables, y que tanto prometen à una omisa y escandalosa educacion, à verse tristes victimas de las paternas discordias, entre un padre inflamado en un justo enojo, agitado de zelos, y una madre culpada y desventurada, anegada en perpetuo llanto? Conozco al señor de Wolmar haciendo aprecio de su muger: ¿quien sabe lo que será cuando no le haga? Acaso es tan moderado, porque la pasion domi-

nante de su caracter aun no ha tenido motivo para manifestarse. Acaso será tan violento en un raptó de ira como es sereno y tranquilo, mientras que no tiene motivo ninguno de ensañarse.

¿Si tantas atenciones debo á todo cuanto tengo en derredor de mí, no me debo tambien algunas á mi propia? Seis años de una honesta y arreglada vida no borran en nada los yerros de la mocedad? debo esponerme todavía á la pena de una culpa que hace tanto tiempo que lloro? Te lo confieso, prima, nunca vuelvo sin repugnancia los ojos á lo pasado; me humilla á punto de desalentarme, y tan sensible á la vergüenza soy, que no puedo aguantar su idea sin recaer en una especie de desesperacion. El tiempo que desde mi matrimonio ha corrido es el que necesito contemplar para cobrar animo, y me infunde mi estado actual una confianza de que quisieran privarme impertinentes memorias. Gusto de mantener en mi corazón afectos de honor que creo que en mí encuentro. La dignidad de esposa y madre enalcece mi alma, y me sustenta contra los remordimientos de otro estado. Cuando en torno de mí veo á mis hijos y á su padre, me parece que todo respira virtud, y destierran de mi espíritu hasta la idea de mis pasadas culpas. Es su inocencia el seguro de la mia; mas los quiero cuanto mejor me tornan, y he cobrado tanto horror á cuanto viola la honestidad, que apenas me creo la misma que otro tiempo pudo olvidarla. Me siento tan otra de lo que era, tan cierta de lo que soy, que está en poco que mire lo que tengo que decir como una confesion ajena de mí, y que no tengo obligacion de hacer.

Este es el estado de incertidumbre y ansia en que sin cesar fluctuo durante tu ausencia. ¿Sabes lo que va á suceder con esto un dia? Mi padre se va á marchar dentro de poco á Berna, resuelto á no volver hasta ver el fin del porfiado pleito en que no quiere dejarnos enredados, y por otra parte no fiandose mucho, según yo creo, en nuestro fervor en seguirle. En el intervalo de su partida á su regreso me quedaré sola con

mi marido, y conozco que ha de ser casi imposible que no salga de mí el secreto fatal. Cuando hay gente sabes que acosumbra el señor de Wolmar dejar la compañía, y pasearse solo por las inmediaciones, hablando con los labradores, informandose de su situacion, examinando el estado de sus tierras, y ayudandolos, cuando lo necesitan, con su dinero y sus consejos. Pero cuando estamos solos siempre se pasea conmigo, deja pocas veces á su muger y á sus hijos, y toma parte en sus jueguecillos con sencillez tan amable, que me inspira entonces más ternura que de ordinario. Estos instantes de ternura tanto mas son peligrosos para la reserva, cuanto él mismo me proporciona ocasiones para faltar á ella, y que cien veces me ha dicho cosas que al parecer escitaban mi confianza, bien veo que tarde ó temprano será menester manifestarle mi corazón, pero una vez que quieres tú que sea de acuerdo entre las dos, y con todas las precauciones que autoriza la prudencia, vuelve, y haz ausencias menos largas, ó de nada salgo fiadora.

Dulce amiga mia, es preciso concluir, y lo que me queda importa tanto que es lo que mas decir me cuesta. No solo eres necesaria para mí cuando estoy con mis hijos y con mi marido, sino mas cuando estoy sola con tu pobre Julia, es peligrosa para mí la soledad, justamente porque me agrada, y muchas veces sin pensar la busco: no porque se sienta mi corazón de sus antiguas heridas, no, que está sano, lo sé, estoy cierta de ello y me atrevo á crearme virtuosa. No es el tiempo presente el que temo, el pasado es el que me atormenta. Memorias hay tan temibles como el afecto actual; se enternece una por reminiscencia, se avergüenza de sentir que olvida, y llora mas todavía. Son lagrimas de piedad, de desconsuelo, de arrepentimiento; no tiene en ellas parte el amor; pero lloro los males que ha causado, lloro la suerte de un hombre estimable que fuegos á que dimos un prebulo imprudente han privado de sosiego y acaso de la vida. Ay! sin duda ha padecido en el peligroso y dilatado viaje

que le hizo emprender su desesperacion. Si viviese nos habria dado noticias suyas del cabo del mundo; ya han corrido cerca de cuatro años desde su partida. Dicen que ha padecido la escuadra en que iba mil desastres, que ha perdido las tres cuartas partes de su tripulacion, que se han ido á pique varios navios; y que no se sabe que se han hecho los otros. Ya no es vivo, ya no es vivo, un amancio secreto me lo asegura. No habria tenido el desventurado mejor suerte que tantos de sus compañeros, y habrán acertado sus dias la mar, las enfermedades, y la tristeza aun mas cruel. Así se apaga todo cuanto brilla un instante sobre la tierra. Faltábale á los tormentos de mi conciencia tener que acusarme de la muerte de un hombre de bien.

¡Ah, querida, que alma la suya!... como sabia amar!... Merecia vivir... Habria presentado ante el supremo Juez un alma fragil, pero sana y amante de la virtud... En balde me esfuerzo á espelentrar tristes ideas, cada instante se me representan contra mi voluntad. Para desterrarlas ó regularlas necesita de tus cuidados tu amiga, y no pudiendo olvidar á este malhadado, mas quiero hablar de él contigo que pensar en él cuando estoy sola.

Mira cuantas razones aumentan la continua necesidad que de que estés conmigo tengo. Mas virtuosa tú y mas feliz, si no tienes las mismas, ¿no sientes en tu corazón la misma necesidad? Si es cierto que no quieres volverte á casar, halladote tan poco satisfecha con tu familia, ¿que casa te puede convenir mas bien que esta? Yo por mi parte dezo mucho con pensar que estas en la tuya, porque no obstante tu disimulo se como en ella vives, y no me engaña el tono de bulla y alegría que vienes á afectar á Clarens. De muchos defectos me has reprendido en tu vida, pero yo te tengo que reprehender por uno muy grave, y es que siempre tu dolor es concentrado y solitario. Te escondes para alligirte, como si te sonrojases de llorar en presencia de tu amiga. Clara, eso no me gusta. Yo no soy injusta como tú, no repruebo tu sentimiento, ni

quiero que al cabo de dos años, de diez, ni de toda tu vida ceses de honrar la memoria de tan tierno esposo; pero si repruebo que despues de haber pasado tus años mas lozanos llorando por tu Julia, la privas de la dulzura de llorar contigo y lavar con lagrimas mas dignas la ignominia de las que vertió en tu seno. Si te da pena el alligirte, ah! no conoces la verdadera afliccion. Si en ella sientes una especie de gusto, ¿por que no quieres que sea yo partícipe? No sabes que imprime la comunicacion de dos corazones en la tristeza un no sé que dulce y afectuoso que no tiene el concepto? y no fue dada la amistad especialmente á los desventurados para alivio de sus males y consuelo en sus penas.

Razones son estas, querida, que debias tú considerar, y has de añadir á ellas que quieres que te propongo que te vengas á vivir conmigo, no menos te hablo en nombre de mi marido que en el mio. Muchas veces me ha parecido que extrañaba, y que casi le escandalizaba, que no habitáramos juntas dos amigas como nosotras; afirma que te lo ha dicho á ti propia, y no es hombre que habla á bulto. No sé á que te resolverás en fuerza de mis representaciones, y espero que hagas lo que te pido. Sea como fuere yo he tomado mi resolucion, y no la mudaré. No me he olvidado de cuando me querias seguir á Inglaterra. Incomparable amiga, ahora es mi vez. Sabes mi aversion á la ciudad, mi ahucion al campo, á las faenas rusticas, y el afecto que tres años de mansion en mi casa de Clarens han hecho que le coja. Tampoco ignoras lo enredosa que es una mudanza con toda una familia, y que fuera abusar de la complacencia de mi padre transplantar tantas veces. Pues bien, si no quieres abandonar tu casa y venir á gobernar la mia, estoy resuelta á tomar una en Lausana donde todos iremos á vivir contigo. Componte como quieras; todo lo pide así: mi corazón, mi obligacion, mi felicidad, la conservacion de mi honor, el cobro de mi razon, mi estado, mi marido, mis hijos, yo propia todo lo debo á ti; todo el

bien que poseo me viene de ti, nado veo que no me lleve à ti, y nada soy sin ti. Ven ya, amada mia, angel tutelar mio, ven à conscrvar tu obra, ven à disfrutar de tus beneficios. No tengamos mas que una familia, como no tenemos mas que una alma para quererla; tú cuidarás de la educacion de mis hijos, yo vigilaré sobre la de tu hija; nos partiremos las obligaciones de madre, y doblaremos las satisfacciones. Alzaremos juntas nuestros corazones à aquel que por tu esmero purificó el mio, y no quedandonos nada que desear en este mundo, en el seno de la inocencia y la amistad aguardaremos en paz la vida venidera.

CARTA II.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE
A LA SEÑORA DE WOLMAR.

¡Dios mio, prima, cuanto gusto me ha dado tu carta! Preciosa predicadora!... preciosa de veras, pero predicadora... perorando con una elocuencia! Obras? de eso no se trate. El arquitecto ateniense... aquel elocuente hablador... ya sabes cual... en tu Plutarco viejo... ¡Pomposas descripciones, soberbio templo!... Cuando todo lo hubo dicho, viene el otro, un hombre llano, el andar grave, el hablar sencillo, pausado... como si dijéramos tu prima Clara... con una voz hueca, ronca, y un si es no es gangosa... *Lo que ese ha dicho yo lo haré.*

Calla, y palmadas que hundian la plaza. A Dios el personaje de frases: hija mia, nosotros somos los dos arquitectos, y el templo de que se trata el de la amistad.

Resumamos un poco las cosas tan hermosas que me dices. Primero que nos queríamos, y luego que me necesitabas tú, y en seguida que tambien te necesitaba yo, y luego que siendo libres para pasar la vida juntas era menester pasarla. ¡Y todo eso lo ha discurrido solita! sin lisonja eres persona elocuente. Bien está; pues ahora te diré yo lo que hacia mientras tú meditabas tu sublime misiva, y despues tu misma juzgarás que vale mas, si lo que tú dices ó lo que yo hago.

Apenas hebe perdido à mi marido

cuando llenaste tú el hueco que habia él dejado en mi corazon. Cuando vivo partia contigo todos mis afectos; luego que murió fui de ti sola, y como tu notas sobre la concordia de la terneza maternal y la amistad, mi propia hija era entre nosotras un vinculo nuevo. No solo me resolví desde entonces à pasar contigo lo restante de mi vida, sino que formé un plan mas vasto. Para que nustras dos familias no formaran mas que una, me propuse, suponiendo que se convinieran uno à otro, unir à mi hija un dia con tu hijo mayor, y el nombre de marido que en chanza le llamábamos me pareció de feliz agiero para que un dia lo fuera de veras.

Con este designio procure primero remover las dificultades de una sucesion enredada; y encontrándome con caudal suficiente para sacrificar una parte à la liquidacion de lo restante, solamente pensé en convertir el de mi hija en efectos seguros y al abrigo de pleitos. Tú sabes que soy antojadiza en muchas cosas, mi mania era cogerte cuando menos lo pensases. Se me habia puesto en la cabeza entrar una mañana à deshora en tu cuarto, llevando de una mano à mi niña, y en la otra una cartera, y presentarte una y otra con un soberbio discurso, depositando en tus manos la madre, la hija, y el caudal, quiero decir la dote de esta. Gobernala, queria decirte, como à los intereses de tu hijo convenga, allá os las hayais; yo por mi no me meto mas en nada.

Ocupada en esta grata idea, fue menester hablar con alguno para ponerla en ejecucion. Adivina ahora à quien fui à escoger por confidente. A un tal señor de Wolmar: ¿no le conoces?... A mi marido, prima! A tu marido, prima. Ese mismo hombre à quien tanto te cuesta callar un secreto que le importa no saber, es el que ha sabido callarte uno que tan gustoso te hubiera sido saber. Este era el verdadero motivo de todas las misteriosas conversaciones por las que tan chistosa vaya nos dabas. Ya veo que disimulados son estos maridos. ¿No es cosa bien graciosa que sean ellos los que de disimulo nos tachen? Mas todavía era

gia del tuyo. Bien veia que premeditabas el mismo proyecto que yo, pero mas en lo hondo del corazon, y como aquella que solo à proporcion que se entrega à ellos exhala sus afectos. Para que te fuese mas grata la no esperada nueva queria que cuando propusieses nuestra reunion à tu marido pareciese que no aprobaba tu idea, y que se mostrase algo remiso en consentir en ella. Acerca de esto me dió una respuesta que tengo muy presente, y que debes tú tambien tener, porque dudo que desde que hay maridos en el mundo haya dado ninguno otra semejante. Fue esta: «Primita conozco à Julia... bien la conozco... mejor acaso de lo que ella cree. Es sobrado honrado su corazon para que deba uno resistir nada de cuanto ella desea, y sobrado sensible para poderlo hacer sin afligirla. En cinco años que hace que vivimos unidos, creo que no ha tenido por mí el menor sentimiento, y espero morir sin darle ninguno». Piensalo bien, prima, ese es el marido cuyo sostego estás siempre proyectando turbar con tu imprudencia.

Yo por mi fui menos escrupulosa, ó tuve mas confianza en tu natural dulzura, y con tanto esmero di otro giro à las conversaciones que tantas veces te inspiraba tu corazon, que no pudiendo achacar tibieza contigo al mio, te figuraste que premeditaba segundas nupcias, y que te amaba sobre todas las cosas, meaos un marido. Porque, mira, pobre chica, no hay en tí un movimiento secreto que yo no descubra: te adivino, te penetro, calo hasta lo mas hondo de tu alma, y por eso te he adorado siempre. Esta sospecha que por fortuna asi te engañaba me pareció excelente para fortalecerla, y me puse à hacer papel de vinda amiga de galanteos con tanta propiedad, que tú misma te clavaste; porque para representarle menos me falta talento que inclinacion. Tomé con arte el estilo chusco que no me cae tan mal, y con el cual me he divertido mas de una vez en hacer burla de barbilampiños presumidos. Tú te tragaste el anzuelo, y te figuraste que iba à dar sucesor al hombre del mundo que mas difícil era reemplazar. Pero soy muy ingenua para po-

der fingir mucho tiempo, y en breve te desengañaste. No obstante, quiero tranquilizarte mas todavía explicandote mi sentir acerca de la materia.

Cien veces te lo he dicho siendo soltera, yo no era buena para casada. Si de mí hubiera pendido, no me habria casado; pero nuestro sexo solo con la esclavitud compra la libertad, y es preciso empezar por sirvienta para ser un dia arbitra de sí propia. Aunque no me incomodaba mi padre, tenia desazones en mi familia. Para zafarme de ellas me casé con el señor de Orbe, que fué tan hombre de bien, y me amó tan entrañablemente, que yo tambien le quise de veras. La esperiencia me dió del matrimonio idea mas favorable de la que habia formado, y destruyó las impresiones que me habia dejado la Chaillot. Me hizo feliz el señor de Orbe, y no le di yo que sentir. Con otro cualquiera siempre hubiera desempeñado mis obligaciones, pero le habria hecho deseseparar, y veo que era menester un marido tan bueno como el que tuve para ser yo buena muger. ¿Te imaginas que de esto mismo me quejaba? Hija, nos queriamos mucho, y no estabamos alegres. Amistad menos cordial hubiera sido mas bulliciosa, y creo que antes hubiera escogido vivir meenos satisfecha y poder reirme mas veces.

Con esto se juntaban los motivos particulares de susto que me daba tu situacion. No necesito acordarte los riesgos que te hizo correr una desareglada passion, y que veia yo estremecida. Si solamente tu vida hubiera peligrado acaso no me hubiera abandonado un resto de alegria; pero estaba mi alma penetrada de terror y tristeza, y hasta que te vi casada no tuve rato de alegria sin quejarme. Conociste tú mi quebranto, lo sentiste, y pudo mucho con tu buen corazon, y nunca cesaré de echar bendiciones à las venturosas lagrimas que acaso fueron causa de tu conversion al bien.

Asi se ha ido todo el tiempo que con mi marido he vivido. Contempla tú si desde que se le llevó Dios, podria esperar hallar otro que tanto segun mi corazon fuese, y si tengo tentaciones de buscarle. No, prima: el matrimonio es

estado muy grave; su dignidad no se acomoda á mi genio, me entristece y me cae mal, sin hablar de que todo lo que me coarta la libertad es para mí insufrible. Piensa, tú que me conoces, que puede ser á mis ojos un vínculo en el cual en siete años no me he reído siete veces á mi sabor. No quiero como tú echarla de matrona á veinte y ocho años. Creo que soy una vinita bastante graciosa, y bastante casadera todavía, y me parece que si fuera hombre no me parecería mala yo. Pero volverme á casar, prima! Escucha: muy de corazón lloro á mi pobre marido, y hubiera dado la mitad de mi vida por pasar con él la otra mitad; no obstante, si pudiera volver al mundo creo que no volvería á ser su muger sino porque lo he sido ya.

Acabo de manifestarte mis verdaderas intenciones, y si no obstante el celo del señor de Wolmar todavía no he podido ponerlas en ejecución, consiste en que parece que crecen las dificultades con el mío en removerlas. Pero este podrá mas que ellas y antes de acabarse el verano, espero reunirte conmigo para lo que me queda de vida.

Restame ahora el justificarme de la acusación de esconderte mis pesares, y de complacerme en llorar lejos de ti; no lo niego, en eso gasto el mejor tiempo que aquí paso. Nunca entro en mi casa sin encontrar vestigios de aquel que tan grata para mí la hacía. No doy un paso, ni miro un objeto sin reconocer alguna señal de su cariño y la bondad de su corazón: ¿Y querrias que no se enterneciera el mío? Cuando estoy aquí sólo siento lo que he perdido; cuando estoy junto á ti, solo veo lo que me ha quedado. ¿Es posible que me acrimines lo que en mi sensibilidad puedes? Si ausente de ti lloro, y si junto á ti me divierto, ¿de donde proviene esta diferencia? Ingratilla! de que tú me consuelas de todo, y de que no sé afligirme de nada cuando te poseo.

Muchas cosas has dicho en favor de nuestra antigua amistad, pero no te perdono que te hayas olvidado de la que mas me honra, que es quererte, aunque me eclipsas. Julia mia, tú na-

ciste para reinar. El imperio mas absoluto que conozco yo es el tuyo, que se estiende hasta las voluntades, y yo mas que nadie lo esperimento. Como es esta, prima? Ambas amamos la virtud, para ambas es igualmente preciosa la honestidad, nuestros conocimientos son los mismos, yo tengo casi tanto entendimiento como tú, y poco menos bonita soy: todo eso lo sé muy bien, y no obstante todo eso me infundes cierto respeto, me sojuzgas, me aterras, tu genio ofusca el mío, y nada soy en tu presencia. Aun cuando vivias en una amistad que te echabas en cara, y que no habiendo yo imitado tu yerro hubiera debido tomar ascendiente en ti, siempre le conservaste en mí. Tu flaqueza, que desaprobaba yo, casi me parecia virtud, y no podia menos de admirarme en ti lo que en otra hubiera censurado. Finalmente, aun en aquel tiempo nunca me llegaba á ti sin cierto involuntario movimiento de respeto, y es cierto que era necesaria toda tu dulzura, y la intimidad de tu trato para hacerme tu amiga, y que naturalmente hubiera debido ser oriada tuya. Descifra, si puedes, este enigma, que yo por mí no lo entiendo. Aunque si tal, algo le entiendo, y aun creo que ya otra vez le he explicado; y es que vivifica tu corazón á todos los que á ti se acercan, y les comunica, por decirlo así, un nuevo ser del cual tienen que tributarle homenaje, porque sin él no le hubieran tenido. Yo te he hecho servicios importantes, lo confieso; y me lo acuerdas tantas veces que no es posible que lo eche en olvido. No lo niego; sin mí estabas perdida. ¿Pero que otra cosa hice que restituirte lo que de ti habia recibido? Es posible verte un año tiempo sin sentir penetrada su alma de las perfecciones de la virtud y la dulzura de la amistad? No sabes que todo cuanto á ti se acerca lo armas tú en defensa tuya, y que la única ventaja que yo saco á los demas es la de las guardas de Sesostris: el ser de tu edad y tu sexo, y el haberme criado contigo? Sea como fuere, Clara se consuela de que vale menos que Julia pensando que sin Julia valdria todavía aun menos, y

luego que si te he de decir la verdad creo que necesitamos en gran manera una de otra, y que perderia mucho cada una de nosotras si la suerte la hubiera apartado de la otra.

Lo que mas en los negocios que me detienen aqui siento es el riesgo de que tu secreto salga á cada instante de tus labios. Considera por tu vida que lo que á guardarlo te empeña es una razon solida y valedera, y lo que á revelarlo te persuade un afecto ciego. Hasta nuestras sospechas de que ese secreto no lo es para aquel á quien interesa son nueva razon para no declararse sin la mayor circunspeccion. Acaso es la reserva de tu marido ejemplo y lección para nosotras, porque en materias semejantes muchas veces es muy distinto lo que uno finge que ignora de lo que se le precisa á saber. Exijo de ti que esperes á que examinemos el punto otra vez. Si tuvieses fundamento tus anuncios, y no fuese vivo tu deplorable amigo, el mejor partido que habria que tomar seria dejar con él sepultadas su historia y tus desdichas. Si, como yo espero, vive, puede ser distinto caso; pero todavía es necesario que este caso se presente. De cualquier modo, ¿crees que no debes deferencia ninguna á los últimos consejos de un desventurado cuyos males todos labraste tú?

Por lo que á los peligros de la soledad respecta, comprendo y apruebo tus temores, aunque sé que son sin fundamento. Tus pasados yerros te tornan medrosa; que es es el mejor agujero del estado actual, y serian menores tus temores, si tuvieras mas motivo de temer; pero no te puedo perdonar tus sustos acerca de la suerte de nuestro pobre amigo. Ahora que han variado de especie tus afectos, cree que no le quiero yo menos que tú. Dos veces ha tenido milord Eduardo noticias tuyas, y la segunda me ha escrito que ya es-

taba en el mar del sur libre de los peligros de que hablas. Tú lo sabes tan bien como yo, y te afliges como si no lo supieses. Pero lo que ignoras, y es menester que sepas, es que el navio en que va se ha avistado dos meses hace á la altura de las Canarias, navegando hacia Europa. Esto se lo escriben de Holanda á mi padre; y no se ha descuidado en participármelo, conforme á su loable costumbre de darme cuenta de los asuntos públicos con mucha exactitud que de los suyos. A mí me dice el corazón que no estaremos mucho tiempo sin recibir noticias de nuestro filosofo, y que serán perdidas tus lagrimas, á menos que despues de haberle llorado por muerto llores porque está vivo. Pero á Dios gracias, ya no nos hallamos en ese caso.

Ah! si estuviera un poco aquí el cuidado, Ya de llorar y de vivir cansado!

Esto es cuanto tenia que responderte. La que te ama te ofrece y participa la dulce esperanza de una reunion eterna. Ya ves que no has sido tú la única ni la primera que formó tal proyecto; y que está su ejecución mas adelantada de lo que pensabas. Así ten paciencia por este verano todavía, mi dulce amiga, mas vale tardar en reunirse que tener que volverse á separar.

¿Con que, hermosa madama, he cumplido mi palabra, y es completo ó no el triunfo mío? Vamos hincarse de rodillas, besar con respeto esta carta, y confesar con humildad que á lo menos una vez en la vida edició en amistad Julia de Wolmar (1).

CARTA III.

DEL AMANTE DE JULIA A LA SEÑORA DE ORBE.

PRIMA mia, bienhechora mia, amiga mia, vengo de la estrechura de la tier-

(1) *¡Que feliz es esta buena Suiza en ser alegre, cuando lo es sin agudeza, sin finura, y sin arte! No sabe los afeites que entre nosotros son necesarios para que se tolere el buen humor. Ignora que este no se ha de tener para sí, sino para los otros, y que nadie se rie por reirse, sino por recibir aplausos.*

ra, y traigo lleno el corazón de Vds. Cuatro veces he atravesado la línea; he corrido ambos hemisferios; he visto las cuatro partes del mundo, he puesto en medio de nosotros el diámetro del globo; he dado la vuelta al mundo entero, y no he podido ni un instante evitar á Vds. En balde haye uno de lo que quiere; mas para su imagen que la mar y los vientos nos sigue al cabo del universo, y á todas partes adonde vamos va con nosotros lo que nos da vida. He padecido mucho, y he visto padecer mas. ¡Qué de malhadados he visto morir! Ay! tanto como apreciaban la vida, y yo sobreviví á ellos!... Acaso era yo efectivamente menos digno de compasión que ellos, las miserias de mis compañeros las sentía mas que las mías, los veía enteramente ocupados en sus penas, y debían de padecer mas que yo. Yo decía: aquí estoy mal, pero un rincón hay en la tierra donde estoy feliz y tranquilo, y á orillas del lago de Ginebra me consolaba de cuanto en el Océano padecía. A mi arribo tengo la dicha de ver confirmadas mis esperanzas; mi lord Eduardo me informa de que disfrutan Vds. ambas salud y paz; y de que si V. ha perdido el dulce título de esposa le quedan los de amiga y madre que deben bastar para su felicidad.

Tengo sobrada prisa en enviar á V. esta carta para hacerle ahora una circunstanciada descripción de mi viaje; espero hallar en breve otra ocasión mas cómoda. Aquí me cito á darle á V. una sumaria idea, mas para excitar que para satisfacer su curiosidad. Cerca de cuatro años he gastado en la inmensa travesía de que acabo de hablar, y he vuelto en el mismo navío en que me había embarcado, que es el único de la escuadra que haya traído el comandante.

He visto primero la América meridional, vasto continente que sujetó la carencia de hierro á los Europeos; y que han convertido estos en un desierto para afianzar su imperio. He visto las costas del Brasil, de donde sacan Londres y Lisboa sus tesoros, y cuyos miserables

pueblos huellan á sus plantas los diamantes y el oro sin atreverse á poner mano en ellos. He atravesado con propicios vientos los tempestuosos mares que hay bajo el círculo antártico; he encontrado en el mar Pacifico las mas horrendas tempestades:

*Bajo ignorado polo, en mar dudoso,
La onda arrostré falaz, y el viento
alève.*

He visto desde lejos la mansión de los pretensos gigantes (1), que solo en esfuerzo son agrigantados y cuya independencia mas la afianza su frugal y sencilla vida, que haria su alta estatura. He vivido tres meses en una yerma y desolada isla, serena y encantada imagen de la antigua hermosura de la naturaleza, y que parece apartada al cabo del mundo para ser asilo de la inocencia y el amor perseguido; pero el codicioso europeo sigue su indole feroz estorbando que la habite el indio pacífico, y se hace justicia en no habitarla él.

En las riberas de los reinos de Méjico y el Perú he visto el mismo espectáculo que en el Brasil, he visto á sus escasos y desventurados moradores, tristes reliquias de dos pueblos poderosos, abrumados con cadenas, oprobios y miseria en mitad de sus ricos metales, acarar llorando el cielo de los tesoros de que los ha dotado. He visto el horroroso incendio de una ciudad entera sin defensores ni resistencia. Este es el derecho de la guerra en los pueblos instruidos, humanos y cultos de Europa; no se ciñen á hacer á sus enemigos todo el daño de que puede redundarles utilidad, sino que reputan beneficio todo el perjuicio que sin fruto le pueden hacer. He costado casi toda la parte occidental de la América, no sin quedar pasmado de admiración al ver mil y quinientas leguas de costas, y el mayor mar del mundo bajo el imperio de una sola potencia, que tiene por decirlo así en su mano la llave de un hemisferio del globo.

Después de haber atravesado el Océano grande he hallado un nuevo espe-

taculo en el otro continente. He visto la mas populosa y mas celebre nacion del universo sujeta á un puñado de bandidos; he visto de cerca á este famoso pueblo, y no he extrañado que fuera esclavo. Tantas veces conquistado cuantas embestido, siempre fué presa del primero que se presentó y lo será hasta la consumación de los siglos. Le he hallado digno de su suerte, sin valer siquiera para quejarse de ella. Letrado, cobarde, hipócrita, y embaidor, hablando mucho sin decir nada, lleno de agudeza sin ingenio ninguno, abundando en signos y esteril en ideas, cortés, cumplimentero, artero, astuto y bribon, haciendo todas sus obligaciones á ceremonias, toda la moral á muecas, y no conociendo otra humanidad que salutación y reverencias. He aportado á otra isla desierta, menos conocida y mas amena todavía que la primera, donde por el mas cruel azar faltó poco para que nos quedáramos confinados para siempre. Acaso fui yo el unico á quien no asustó tan dulce destierro. ¿No vivo en todas partes desterrado? En este sitio de terror y delicias vi cuanto puede ejecutar la industria humana para sacar al hombre civilizado de una soledad donde nada le hace falta, y volverle á sumir en un abismo de necesidades nuevas.

En el vasto Océano, donde tan grato debía ser para los hombres el encontrar con otros hombres, he visto dos navios grandes buscarse, encontrarse, embestirse, pelear con furia, como si hubiera sido muy reducido para cada uno de ellos este inmenso espacio. Los he visto vomitar uno contra otro yerros y llamas. He visto en un combate bastante corto la imagen del infierno, he visto los gritos de júbilo de los vencedores que cubrían los lamentos de los heridos y los gemidos de los que morían. Avergonzado he recibido mi parte de un botín inmenso; le he recibido, pero como un deposito, y si fue quitada á infelices, á otros infelices será restituida.

He visto la Europa trasladada al estremo del Africa por los afanes de un pueblo avaro, sufrido y laborioso, que con el tiempo y la constancia ha vencido di-

facultades que nunca pudo vencer el heroísmo de los demas pueblos. He visto los vastos y desventurados países que solo á cubrir la tierra de rebañios de esclavos parecen destinados. A su vil aspecto he apartado los ojos con desden, con horror y lastima, y viendo la cuarta parte de mis semejantes convertida en animales para el servicio, he gemido de ser hombre.

Finalmente, en mis compañeros de viaje he visto un pueblo intrepido y altivo, cuyo ejemplo y libertad restablecían á mi vista el honor de la especie humana, á quien nada importan el dolor ni la muerte, y que solo la hambre y el fastidio en el mundo teme. En su caudillo he visto un capitán, un soldado, un piloto, un sabio, un grande hombre, y por decir acaso mas aun, el digno amigo de Eduardo Bomston; pero lo que en el mundo entero no he visto es uno que á Clara de Orbe ó á Julia de Etanges se pareciera, y pueda consolar de haberlas perdido un corazón que supo amarlas.

¿Como he de hablar á V. de mi curación? De V. es de quien puedo saber si estoy sano. ¿Vuelvo mas libre, y con mas juicio que me fui? Me atrevo á creerlo así y no puedo afirmarlo. En mi corazón reina siempre la misma imagen, y V. sabe si es posible que se borre, pero es mas digno de ella su imperio, y si no es ilusión mía reina en este desventurado corazón como en el de V. Sí, prima, me parece que me ha sojuzgado su virtud; que soy con relacion á ella el mejor y mas tierno amigo que haber puede, que no hago mas que adorarla como V. propia la adora, ó mas bien me parece que mis afectos sin debilitarse se han rectificado; y examinandome con el mayor escrupulo, los hallo tan acendrados como el objeto que los inspira. ¿Que mas puedo decir á V. hasta la prueba que me enseñe á juzgar de mí? Soy sincero y verídico, quiero ser lo que debo; ¿pero como he de responder de mi corazón con tantas razones para desconfiar de él? Soy acaso arbitro de lo pasado? puedo estorbar que otro tiempo me hayan abrasado mil fuegos? Como con sola la imaginación distinguere lo que es de lo que fué? y como me re-

(1) Los Patagones.

presentaré amiga la que siempre vi amante? Piense V. lo que quisieré del motivo escondido de mi anhelo, este es decente y racional, y merece la aprobacion de V. De antemano respondo á lo menos de mis intenciones. Permitame V. que la vea, y examíname por sí misma, ó dejeme ver á Julia, y sabré lo que soy.

Tengo que acompañar á Italia á milord Eduardo y que pasar por cerca de V., ¿y no la habia de ver! Piensa V. que fuese eso posible? Ah! si tuviese V. la inhumanidad de exigirlo mereceria no ser obedecida. Pero porque lo há de exigir V.? No es aquella misma Clara tan buena y compasiva como virtuosa y prudente, que se dignó amarme desde su mas tierna edad, y que hoy que todo se lo debo me amará mas aun sin duda? (1) No, no, querida y preciosa amiga, prohibicion tan cruda no puede salir de V., ni ser para mí: no vendrá á llevar al último apice mi desventura. Otra vez, otra vez en mi vida pondré mi corazón á las plantas de V. La veré á V. con su permiso; la veré á ella con el suyo. Vds. sobrado bien saben ambas el respeto que á ella le profeso, y saben si soy capaz de presentarme á su vista si me creyera indigno de ponerme en su presencia. ¡Tanto tiempo ha llorado el efecto de su hermosura! ah! contemple una vez el de su virtud.

P. D. Milord Eduardo se detendrá aquí algun tiempo por asuntos; si me permiten Vds. que las vaya á ver, ¿porque no he de adelantarme para estar antes con Vds.?

CARTA IV.
DEL SEÑOR DE WOLMAR AL AMANTE DE JULIA.

Aunque todavía no nos conocamos, tengo encargo de escribir á V. La mas virtuosa y la mas amada de las mugeres

acaba de descubrir su pecho á su feliz esposo: Este cree á V. digno de que ella le haya amado, y le brinda con su casa. La inocencia y la paz reinan en ella; hallará V. hospitalidad, amistad, estimacion y confianza: consulte su corazón, y si nada halla que le asuste, venga sin recelo. No se irá V. de aquí sin dejar un amigo.

Wolmar.

P. D. Venga V., amigo mio, que le esperamos con ansia. No tendré el sentimiento de hacerle un desaire.

Julia.

CARTA V.
DE LA SEÑORA DE OREE AL AMANTE DE JULIA (2).

BIEN venido, cien veces bien venido, amado San Preux, porque quiero yo que le quede á V. este nombre (3), á lo menos en nuestra sociedad, que es, crea, decirle claro que no queremos escluirle de ella, á menos que nazca la esclusion de V. Cuando vea por la adjunta que he hecho mucho mas de lo que me pedía V. aprenderá á poner alguna vez mas confianza en sus amigos, y á no achacar al corazón de ellos pesares en que participan cuando les fuerza la razon á darse los á V. El señor de Wolmar quiere ver á V. y le brinda con su casa, su amistad y sus consejos; no era menester tanto para calmar todos mis temores acerca de su viaje, y me ofenderia á mi propia si pudiera desconfiar de V. un instante. Mas hace, quiere sanar á V. y dice que sin eso ni Julia, ni él, ni V. ni yo podemos ser completamente felices. Aunque espero mucho de la sabiduria de él y mas de la virtud de V. ignoro cual será el éxito de esta empresa. Lo que si sé es que con la muger que tiene, el cuidado que quiere tomarse

es pura generosidad en beneficio de V. Venga V., amable amigo mio, con la confianza de un corazón honrado á contentar el anhelo que todos tenemos de abrazarle y verle satisfecho y tranquilo; venga á su pais y con sus amigos á descansar de sus viajes y olvidarse de todos los males que ha padecido. La vez posteriora que V. me vió era yo una grave mastrona, y estaba mi amiga muriendose; pero ahora que está ella buena, y que yo estoy otra vez soltera, me encontrará V. tan loca, y casi tan bonita como antes de mi casamiento. A lo menos lo que es cierto es que para con V. no he mudado, y que daría cien veces la vuelta del mundo antes de hallar otra persona que le quiera como yo.

CARTA VI.
DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

A mitad de la noche me levanto para escribir á V.: no puedo hallar un instante de sosiego. Agitado, arrebatado, mi corazón no puede contenerse dentro del pecho, necesita rebosar fuera. V. que tantas veces de la desesperacion le ha preservado sea depositario de los primeros contentos que de mucho tiempo acá ha disfrutado.

La he visto, Milord, la han visto mis ojos; he oído su voz; sus manos han tocado las mias; me ha conocido; ha manifestado gozo en verme; me ha llamado su amigo; su querido amigo; me ha admitido en su casa; mas feliz que en mi vida he sido, estoy alojado con ella bajo un mismo techo, y ahora que escribo estoy á treinta pasos de ella.

Son mis ideas muy vehementes para seguirse unas á otras, se me presentan todas de tropel y se estorban reciprocamente. Voy á detenerme y cobrar aliento para procurar que haya orden en mi narracion.

Despues de tan dilatada ausencia apenas me habia entregado cerca de V. á los primeros rebatos de mi corazón, abrazando á mi amigo, mi libertador y mi padre, cuando pensó V. en el viaje de Italia, y me le hizo desear con la esperanza de que me aliviaria de la car-

ga de mi inutilidad para V. No pudiendo despachar tan breve los asuntos que en Londres le detengan, me propuso V. que me partiera primero para tener mas lugar de aguardarle aquí. Pedí permiso para venir, le alcancé, me parti de ahí, y aunque de antemano se presentaba Julia á mi vista, pensando que iba á verme con ella, todavía le dejé á V. con sentimiento, Milord, desquitados estamos, este sentimiento solo se lo ha pagado á V. todo.

Escuso de decir que en todo el camino solo con el objeto de mi viaje venia preocupado; pero una cosa notable fué que empecé á ver bajo otro punto de vista este mismo objeto que nunca de mi corazón habia salido. Hasta entonces solo me habia retratado á Julia brillante como otro tiempo con la hermosura de la primera flor de juventud; siempre habia visto sus bellos ojos animados con el fuego que me inspiraba; sus caros lineamientos solo fianza de mi ventura presentaban á mi vista, y de tal manera se confundian con su cara su amor y el mio, que no podia separarlos. Ahora iba á ver á Julia casada, á Julia madre, á Julia indiferente. Me asustaban las vicisitudes que en ocho años de intervalo podian haber ocurrido á su felicidad. Habia tenido viruelas, estaba demudada, ¿hasta que punto lo estaba? Mi imaginacion se resistia porfiadamente á ver hoyos en esta preciosa cara, y así que veía uno con señales de viruelas ya no era el de Julia. También pensaba en la conferencia que íbamos á tener, y en el recibimiento que me haría. Esta primera visita se retrataba á mi espíritu con mil colores distintos, y un instante que tan presto debia pasarse me ocurría mil veces cada día.

Cuando vi la cima de los montes me latia el corazón con fuerza, al decirme allí está. Lo propio me acababa de suceder en la mar al avistar las costas de Europa; lo propio me habia sucedido en Meillerie cuando descubrí la casa del baron de Etange. Siempre está para mí dividido el mundo en dos regiones: una donde ella está y otra donde no está; aquélla se dilata cuando me alejo yo, y

(1) ¿Que; tanto le debe á ella que ha causado las desdichas de su vida? Desventurado preguntador! le debe el honor, la virtud, el sosiego de su amada, se lo debe todo.

(2) En esta iba inclusa la anterior.

(3) Nombre que le dió Clara delante de la familia cuando su viaje anterior. Véase la tercera parte, carta XIV.

se acorta à proporcion que me acerco como un paraje adonde nunca he de llegar; ahora está ceñida à las paredes de su cuarto. Ay! solo este sitio está habitado, y yermo todo lo demas del universo.

Cuanto mas à la Suiza me acercaba, mas emoci6n sentia. El instante que desde las eminencias del Jura descubrí el lago de Ginebra fue un instante de rapt6 extatico. La vista de mi pais, de este pais tan amado donde torrentes de deleites habian inundado mi corazon; el aire de los Alpes tan saludable y puro, el dulce aire de la patria mas suave que los aromas del oriente, esta tierra fertil y rica, este paisaje unico, el mas hermoso que han visto los humanos ojos; esta deliciosa mansion que no habia visto su igual en la vuelta del mundo, el aspecto de un pueblo libre y feliz, lo templado de la estacion, la serenidad del clima, mil deliciosas memorias que despertaban todos los afectos que habia sentido; todo esto me causaba rebatos que no puedo describir, y parecia que me restituia de consuno el gozo de mi vida entera.

Cuando bajé hacia la costa sentí una nueva impresion de que no tenia idea ninguna, y era cierto movimiento de susto que me apremiaba el corazon, y me turbaba contra mi voluntad. Este susto, cuya causa no podia distinguir, iba creciendo à medida que me acercaba à la ciudad, disminuia mi ansia de llegar, y tales progresos hizo finalmente, que no me inquietaba menos mi priesa, que hasta allí me habia inquietado mi lentitud. Cuando entré en Vevay nada menos fue que grata la sensacion que experimenté; me embargó una violenta palpacion que no me dejaba resollar, y hablaba con alterada y trémula voz. Apenas me pude dar à entender cuando pregunté por el señor de Wolmar, porque nunca me atreví à nombrar à su muger. Me dijeron que residia en Clarens. Esta nueva me quitó del corazon un peso de quinientas libras; y tomándome como una moratoria las dos leguas que por andar me quedaban, me alegré de lo que en otra ocasion me habria

desconsolado; pero supe con mucha pesadumbre que estaba en Lausana la señora de Orbe. Entré en una posada para cobrar las fuerzas que me faltaban; y no me fue posible tragar un bocado; me ahogaba la bebida, y para apurar un vaso tuve que llevarle veinte veces à la boca. Doblóse mi terror cuando vi que ponian los caballos para marchar. Creo que hubiera dado cuanto tiene el mundo porque se hubiera roto una rueda en el camino. Ya no veia à Julia; turbada mi imaginacion, solo una confusion de objetos me presentaba, y se hallaba mi alma en un motin universal. Conozco la desesperacion y el dolor, y los hubiera preferido à este horrible estado. Finalmente puedo decir que no he sufrido en mi vida mas cruel agitacion que aquella en que me hallé durante esta corta travesia, y estoy convencido de que no hubiera podido aguantarla un dia entero.

Cuando llegué hice parar à la verja, y sintiéndome incapaz de dar un paso mandé al postillon que dijera que no lasteró queria hablar con el señor de Wolmar. Estaba en paseo con su muger. Los avisaron, y vinieron por otro lado, mientras que yo, los ojos clavados en el zaguan, aguardaba con mortales zozobras que saliese alguno.

Apenas me hubo visto Julia cuando me conoció. Al punto, verme, dar un grito, correr, lanzarse en mis brazos, todo fue una cosa. Al oir este son de voz me da un vuelco el corazon; doy una vuelta, la veo, la siento; ¡Oh Milord, ó amigo mio!... no puedo hablar... A Dios sustos, à Dios terror, espanto, respetos humanos. Su mirar, su grito, su semblante me vuelven en un momento confianza, valor y fuerzas. En sus brazos cobro calor y vida, bule en mi el gozo al apretarlos en los mios. Un sagrado rapt6 nos tiene en largo silencio estrechamente abrazados, y hasta pasado tan dulce embargo no empezaron à confundirse nuestras voces ni à mezclarse nuestros ojos sus llantos. Allí estaba el señor de Wolmar; yo lo sabia y lo veia; pero que hubiera podido ver? No; aun cuando se hubiera conjurado contra un

el universo entero, cuando me hubiera cercado el aparato de torturas, no hubiera privado mi corazon del menor de sus cariños; tiernas primicias de una santa y pura amistad que llevaremos al cielo.

Suspendió este impetu primero, me cogió de la mano la señora de Wolmar, y volviéndose à su marido, le dijo con cierta gracia de inocencia y caudor que me dejó pasmado: Aunque es mi amigo antiguo, no te le presento sino que le recibo de ti, y solo en cuanto le honres tú con tu amistad le dispensaré yo de hoy mas la mia. Si los amigos nuevos son menos espresivos que los antiguos me dijo él dandome un abrazo, tambien serán aquellos antiguos un dia, y no cederán à los otros en cariño. Recibí su abrazo, pero mi corazon estaba exhausto, y no hice mas que recibirle sin volverle.

Pasada esta corta escena noté mirando al soslayo que habian bajado mi cofre, y metido mi berlina en la cochera. Julia me agarró del brazo, y me fui à su casa con ambos, casi sin aliento con el gozo de ver que se apoderaban de mí.

Entonces contemplando mas despacio este adorado rostro que creia yo afeado, vi con amarga y dulce estrañeza que realmente está mas hermosa y mas brillante que nunca. Sus preciosas facciones se han formado mejor aun; está algo mas gruesa, con lo cual no ha hecho otra cosa que aumentar su tersa blancura. Las viruelas solo han dejado en sus mejillas algunos ligeros vestigios casi imperceptibles. En vez de aquel pudor sufrido que en otro tiempo le hacia bajar sin cesar los ojos, se ve la serenidad de la virtud que en su casto mirar con la dulzura y la sensibilidad va unida; su espresion no menos modesta es menos tímida; un estilo mas libre y mas francas gracias han sustituido aquellos modales sin desparpajo, mezcla de amor y vergüenza; y si la tornaba entonces la conciencia de su culpa mas afectuosa, hoy la de su pureza la torna mas celestial.

Apenas estuvimos en el salon, cuando se salió y volvió à entrar de allí à un instante. No venia sola. ¿A quien piensa,

Milord, que traia consigo? A sus hijos, à sus dos hijos, mas hermosos que el sol; y que ya en su tierna fisonomia la gracia y el atractivo de su madre descubrian. Cual me paré à este aspecto ni puede decirse ni comprenderse; es menester sentirlo. Me embatieron juntos mil contrarios movimientos, y se dividió mi corazon entre mil crueles y deliciosas memorias. ¡O espectáculo, ó dolor! Me sentia desgarrado de tormentos y arrebatado del gozo. Veia, por decirlo así, multiplicada la que tanto quise. Ay! al mismo tiempo veia la prueba viviente de que ya nada era para mí, y parecia que con ella se multiplicaban mis perdidas.

Me lo trajó de la mano. Tenga V., me dijo con un tono que me traspasó el alma, esos son los hijos de su amiga, que un dia serán sus amigos; sealo V. suyo desde hoy. Al punto las dos criaturitas vinieron corriendo à mí, y haciendome à porfía inocentes caricias convirtieron toda mi emoci6n en ternura. Los cogí en brazos à uno y à otro, y apretandolos con mi agitado corazon: queridos y amables niños, dije exhalando un suspiro, grande es la obligacion que tendreis que desempeñar un dia. ¡Ojalá que os parezeais à aquellos que os han dado la vida! ¡ojalá que imiteis sus virtudes, y con las vuestras seais un dia el consuelo de sus desventurados amigos! Encantada la señora de Wolmar se colgó segunda vez de mi cuello, y parecia que con sus caricias queria pagarme las que à sus dos hijos hacia. ¿Pero que diferencia de este abrazo al primero? Con estrañeza lo vi. Una madre de familias era la que abrazaba, la veia rodeada de sus hijos y su esposo, y me la hacia respetar este acompañamiento. En su rostro encontraba cierta espresion de dignidad que al principio no habia reparado; me sentia forzado à tributarle nueva especie de respeto, y casi era para mí gravosa su llaneza, y aunque muy hermosa me parecia, con mas gusto hubiera besado la orla de su vestido que sus mejillas; en una palabra, desde este punto me conocí que ó ella ó yo no eramos los mismos, y empecé de veas à prometerme anuncios faustos.

Cogiendome el señor de Wolmar por la mano me llevó luego al aposento que para mí estaba destinado: este es, me dijo cuando entramos, el aposento de V. que no es el de un forastero, ni será de otro ninguno, y en adelante ó estará vacío, ó le habitará V. Inútil es decir si fué para mí grata esta oferta, pero no la merecía aun lo bastante para oír la sin confusión. El señor de Wolmar me libró de la dificultad de darle respuesta, y me convidó á dar una vuelta por el jardín. Tan bien lo hizo que me hallé mas á mi gusto, y tomando entonces el estilo de un hombre informado de mis antiguos errores pero lleno de confianza en mi rectitud, me habló como un padre á un hijo y á fuerza de estimacion me quitó la facultad de desmentirla. No, Milord, no se ha equivocado; no me olvidaré nunca de que tengo que justificar la de V. y la suya. ¿Pero porque sus beneficios dejan mi corazón comprimido? porque ha de ser marido de Julia un hombre acreedor á mi cariño?

Parecía que estaba destinado este día á todo cuanto genero de pruebas se me podían ofrecer. Así que volvimos al cuarto de la señora de Wolmar llamaron á su marido para no sé que negocio, y me quedé con ella solo.

Halléme entonces en nuevo empeño, el mas penoso y menos esperado de todos. ¿Que le diría? por donde empezaría? sería osado á recordarle nuestro antiguo trato, y tiempos tan presentes á mi memoria? le dejaría pensar que los había echado en olvido, ó no me curaba ya de ellos? ¿Que suplicio tratar como extraña á la que en lo íntimo de nuestro corazón llevamos grabada! que infamia abusar de la hospitalidad para decirle razones que ya ella no debe oír! Así vacilante perdía todo el hilo de mis ideas; echaban fuego mis mejillas, no me atrevía á hablar, ni á alzar los ojos, ni á hacer movimiento ninguno, y creo que habría permanecido en este violento estado hasta la vuelta de su marido, si no me hubiera ella sacado de él. Parece que el haberse quedado á solas conmigo no la incomodó en nada. La misma afabilidad y los mismos moda-

les conservó que antes usaba; solamente crecí que se probaba á estar mas alegre y mas libre, y que no era su mirar tímido ni tierno, sino dulce y afectuoso, como para alentarme á cobrar ánimo y salir de un estado violento que no podía ella menos de conocer.

Me habló de mis largos viajes, quería que le hiciese una circunstanciada descripción sobre todo de los riesgos que había corrido, y los males que había sufrido, porque no ignoraba decia, que debía resarcirnos su amistad: Ah! Julia, le dije con tristeza, hace un instante que estoy con V., y quiere ya enviarme otra vez á las Indias. No, me dijo riendose, yo soy quien quiero ir allá.

Le dije que le había dado á V. una relacion de mi viaje cuya copia le traía. Entonces me preguntó con mucho ahinco por V. Habléle de V., y no pude hacerlo sin pintarle los tormentos que yo había padecido, y los que le había á V. causado. Compadeciósese mucho; y en tono mas serio empezó á entablar su justificación personal, y á demostrarme que había sido su obligacion hacer todo cuanto había hecho. En mitad de su razonamiento entró el señor de Wolmar, y lo que me dejó pasmado fué que le siguió en su presencia cabalmente como si no hubiera estado allí. Este no pudo menos de sonreirse conociendo mi pasmo. Así que ella hubo concluido, me dijo: Sea V. un ejemplo de le ingenuidad que aquí reina, si quiere ser con sinceridad virtuoso, aprenda á imitarla; este es mi unico ruego, y la unica leccion que tengo que darle. El primer paso hacia el vicio es gastar misterio en las acciones inocentes; quien gusta de esconderse tarde ó temprano se esconde con motivo. Un solo precepto de moral puede equivaler por todos, que es el siguiente: no hagas ni digas nunca cosa que no quisieras que todo el mundo la viese y la oyese; y yo por mí siempre he reputado por el mas estimable de los hombres á aquel Romano que quería que de tal modo estuviese construida sus casa, que viesen sus vecinos cuanto en ella se hacia;

Dos partidos, añadió, tengo que proponer á V.: escoja libremente el que mas le acomode, pero escoja uno ú otro. Cogiendo entonces la mano de su muger y la mia, me dijo apretandola: nuestra amistad empieza; este es su preciso vinculo; sea desde hoy mas indisoluble. Abrace V. á su hermana y su amiga; tratela siempre como tal; cuanto mas intimidad tenga V. con ella, mejor pensaré de V.; pero viva cuando esté á solas con ella, como si estuviera yo delante, ó en mi presencia como si yo no estuviese: eso es todo lo que le pido. Si prefiere V. el último partido, puede hacerlo sin reparo; porque, como me reservo la facultad de advertirle de todo cuanto me disguste, mientras que yo no diga nada está V. seguro de que no me ha disgustado.

Dos horas antes me habría desasosgado mucho este razonamiento, pero tanta autoridad empezaba á grangearse conmigo el señor de Wolmar, que ya casi me acostumbraba á ella. Volvimos á andar el roto hilo de la conversacion las tres, y como cada vez que yo hablaba con Julia le dijese señora: hableme V. con claridad, me dijo, interrumpiendome su marido, ¿en la conversacion de hace poco decia V. señora? No, le dije algo cortado; pero el bien parecer... El bien parecer, replicó, es el disfraz del vicio, y es superfluo donde reina la virtud: no le quiero. Lláme V. á mi muger Julia en mi presencia, ó señora á solas; para mí es indiferente. Entonces empecé á conocer con que hombre las había, y resolví mantener siempre mi corazón en estado de que pudiese ver sus mas reconditos dobleces.

Exhausto con la fatiga, mi cuerpo tenia mucha necesidad de alimento, y de sosiego mi espíritu, en la mesa hallé uno y otro. Despues de tantos años de ausencia y pesares, despues de tan largos viajes, decia en una especie de raptó, estoy con Julia, la veo, le hablo, estoy á la mesa con ella, me ve sin recelo, me recibe sin temor; nada perturba la satisfaccion que de hallarnos juntos tenemos. Dulce y preciosa inocencia;

nunca había gozado tus atractivos, y desde hoy solamente empiezo á existir sin padecer!

Al retirarme por la noche pasé por delante del cuarto de los amos de la casa, los ví entrar juntos; yo me recogí apesadado en el mio, y no fué este instante el mas gustoso de este día.

He dado á V., Milord, cuenta exacta de esta primera visita con tanto ardor deseada y tan cruelmente temida. He procurado meditar desde que estoy solo; me he esforzado á sondear mi corazón, pero dura todavía la agitacion del día anterior, y no me es posible juzgar tan breve de mi verdadero estado. Todo lo que sé con M. mayor certeza es que si mis afectos á ella no han variado de especie, á lo menos han variado mucho de forma, que siempre aspiró á ver un tercermo entre nosotros, y que temo hallarme solo con ella tanto como antes lo deseaba.

Dentro de dos ó tres días pienso ir á Lausana. Solo á medias he visto todavía á Julia, mientras no he visto á su prima; á esta amable y amada amiga á quien tanto debo, que sin cesar partirá con V. mi amistad, mis cuidados, mi gratitud, y todos los afectos de que aun es arbitro mi corazón. De vuelta no tardaré en escribir á V. mas por estenso, porque necesito de sus consejos, y quiero observarme con atencion. Sé mi obligacion y la desempeñaré. Aunque tan grato sea para mí el habitar esta casa, estoy resuelto, y juro que si una vez onozo que cobró á ella mas apego de lo que es justo, la abandonaré inmediatamente.

CARTA VII.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA DE ORBE.

Si nos hubieras otorgado el plazo que te pedíamos, antes de irte hubieras tenido el gusto de ver y abrazar á tu cliente, que llegó antes de ayer y quería irte á ver hoy; pero una especie de curvatura, efecto de la fatiga y del viaje hace que no salga del cuarto, y se ha sangra-

do esta mañana (1). Por otra parte para castigarte estaba yo resuelta à no dejarle partir tan breve, y no tienes mas que haer que venirle à ver aqui, ó te prometo que no le veas en mucho tiempo. Pues bien pensado estaria eso que viera ahora separadas à las inseparables.

De veras, prima, que no sé que vanos temores me habian obcecado el entendimiento acerca de este viaje, y tengo vergüenza de haberme opuesto con tanto teson à él. Quanto mas miedo de verle tenia, mas sentimiento tendria hoy de no haberle visto, porque ha disipado su presencia los recelos que todavia me quedaban, y que podian llegar à ser legitimos à fuerza de ocuparme en él. Lejos de que me asuste el afecto à él que en mi siento, creo que desconfiaria mas de mi si le quisiera menos; pero le amo tan tiernamente como antes, sin amarle del mismo modo. De la comparacion de lo que al verle experimento y lo que antes experimentaba, saco lo seguro de mi estado actual, y en tan diversos afectos se hace sensible la diferencia en proporcion de su viveza.

Por lo que à él hace, aunque desde el primer instante le reconocí, hallo que ha mudado mucho y (cosa que en otro tiempo no hubiera imaginado ser posible) en muchas cosas me parece que ha mejorado con la mudanza. El primer dia dió algunas muestras de estar cortado, y yo con mucha dificultad le manifesté despejo; pero no tardó en volver al tono de entereza, y el estilo franco que à su caracter son naturales. Siempre le habia visto tímido y medroso; el temor de disgustarme, y acaso la secreta vergüenza de un papel indigno de un hombre de bien, le hacian tener en mi presencia cierta espresion baja y servil de que muchas veces te burlabas tú con razon. Ahora, en vez de la sumision de un esclavo, tiene el respeto de un amigo que sabe honrar lo que estima; dice sin recatarse razones de hombre de bien, no tiene miedo de que sean sus maximas de virtud opuestas à sus intereses, no teme perjudicarse ni afrentarme alabando las cosas loables,

y en todo cuanto dice se deja sentir la confianza de un hombre recto y seguro de si propio, que saca de su corazon la aprobacion que antes de una mirada mia esperaba. Tambien encuentro que le han quitado la esperiencia y el trato de la gente aquel tono dogmatico y resolutivo que en el gabinete se adquiere; que juzga con menos prontitud de los hombres desde que ha visto tantas escepciones, y que generalmente hablando le ha sanado el amor de la verdad del espíritu de sistema; de suerte que brilla menos y es mas racional, y se instruye uno mismo mas con él desde que no sabe tanto.

Tambien ha mudado su figura sin perder nada; se presenta con mas libertad, anda con mas soltura, y acciona con mas entereza, y ha traído de sus campañas cierto aire marcial que tanto mas bien le cae, quanto su gesticulacion presta y viva, euando está animado, es mas pensada y grave que en otro tiempo. Es un marino que tiene fria y flematica la facha y el hablar impetuoso y ferviente. De mas de treinta años, su semblante es el del hombre en su perfeccion, y con el fuego de la juventud junta la majestad de la edad madura. Su color no está conocido; negro como un etiope, y ademas muy señalado de viruelas. Querida, si te lo he de decir todo; me da alguna pena el mirar estas señales, y muchas veces me voy mirandolas sin querer.

Creo que he visto que si yo le examino, tambien con igual atencion me examina él. Despues de ausencia tan larga es cosa natural contemplarse reciprocamente con una especie de curiosidad; pero si parece que participa esta del anhelo antiguo; que diferencia no menos en el modo que en el motivo! Si se encuentran menos veces nuestras miradas nos miramos con mas libertad. Parece que media entre los dos un convenio tacito para contemplarnos alternativamente. El uno siente, por decirlo así, cuando es la vez del otro, y desvia los ojos entonces. ¿Es posible volver à ver sin gusto, aunque ya no haya emocion, lo que tan tiernamente otro tiempo quis-

mos, y lo que con tanta pureza hoy amamos? quien sabe si no procura el amor propio justificar los pasados errores? quien sabe si cada uno de los dos euando deja de cegarle la pasion, no se complace aun en decir: no habia yo escogido tan mal? Sea como fuere, te lo repito sin vergüenza, le conservo los mas dulces afectos, que durarán tanto como mi vida. Lejos de echarmelos en cara me complazo en ellos, y me sobrojaría de no sentirlos, como de un vicio de índole y una prueba de mal corazon. En quanto à él creo que despues de la virtud lo que mas quiere en el mundo soy yo. Conozco que está ufano de mi estimacion; yo tambien lo estoy de la suya, y mereceré conservarla. Ah; si vieras con que ternura balaga à mis hijos, si supieras quanto gusto siente en hablar de ti, prima, conocerias que todavia me quiere.

Lo que dobla mi confianza en la opinion que ambas de él tenemos es que coincide con ella la del señor de Wolmar, y que desde que le ha visto piensa de él todo el bien que nosotras le habiamos dicho. Estas dos noches pasadas me ha hablado mucho de él, dandose el parabien por su determinacion, y diciendo: Le enseñaremos à que haga mas aprecio de su propia virtud, y acaso un dia disfrutaremos con mas utilidad de lo que tú piensas de los cuidados que à tomarnos vamos. Por ahora empiezo diciendote que me agrada su caracter, y que le estimo particularmente por un respeto en que él no piensa, que es la timidez que conmigo gasta. Quanto menos amistad me manifiesta mas me inspira; no puedo decirte quanto temor tenia de que me halagase. Esta era la primera prueba que le destinaba. La segunda se ofreció en breve (1) y en ella le observé bien, despues no le volveré à observar. Esta primera, le respondí, no prueba otra cosa que la ingenuidad de su genio, porque nunca en otro tiempo se pudo determinar à adoptar un estilo sumiso y condescendiente con mi padre,

aunque tanto interes en ello le iba, y aunque yo se lo rogase con las mas vivas instancias. Vi con dolor que se privaba de este recurso unico, y no pude enojarme con él porque no quisiere ser falso en nada. Es muy distinto el caso, replicó mi marido; entre tu padre y él hay una antipatia natural fundada en la oposicion de sus maximas; pero yo que ni tengo sistema ni preocupaciones estoy cierto de que no me aborrece naturalmente. Nadie me aborrece, porque un hombre desapasionado no puede infundir aversion à nadie, pero le he quitado su prenda, y no me lo perdonará tan presto. Me amará con mas veras cuando esté perfectamente convencido de que el daño que le he hecho no me estorba el quererle bien. Si me halagase ahora seria un embustero, si no me halagase nunca un monstruo.

Aqui estamos, Clara mia, y empiezo à creer que bendicirá el cielo la rectitud de nuestros corazones, y las beneficas intenciones de mi marido. Pero es mucha paciencia la mia al decirte todas estas circunstancias, tú no mereces que yo tenga gusto en confianzas contigo; estoy resuelta à no decirte nada mas, y si quieres saberlo ven à verlo por tus ojos.

P. D. No obstante es menester que te diga lo que acaba de suceder con motivo de esta carta. Ya sabes con que indulgencia oyó Wolmar la confesion tardía que la inesperada vuelta de nuestros amigos me precisó à hacerle, y viste con que dulzura supo enjugar mis llantos y disipar mi vergüenza. Ya sea que no le hubiese dicho nada de nuevo para él, como con bastante fundamento tú has conjeturado, ó ya que efectivamente haya movido su corazon una accion que solo el arrepentimiento podia dictarme, no solo ha seguido viviendo conmigo como de antes, sino que tambien parece que han doblado sus atenciones, su estimacion y su confianza, y que à fuerza de obsequios quiere pagarme el rubor que me costó mi confesion.

(1) ¿Porque sangrado? es moda tambien en Suiza?

(1) La carta en que se trata de esta segunda prueba se ha suprimido, pero se hablará de ella cuando llegue el caso.

Tú, prima, que conoces mi corazón, te puedes figurar la impresión que en él ha hecho semejante conducta.

Luego que le vi resuelto à permitir que viviera aquí nuestro antiguo maestro, me determiné por mi parte à tomar contra mi la mas eficaz precaucion que podia usar, que fué escoger por confidente à mi propio marido, no tener conversacion privada ninguna que no le refriese, ni escribir ninguna carta que no le enseñase, y me propuse escribir cada carta como si no hubiera de verla, y enseñarsela luego. En esta hallarás un articulo que me ha ocurrido de este modo, y si al escribirle no pude menos de pensar en que le habia de leer, me doy testimonio de que no me ha hecho esto mudar una silaba; pero cuando le he querido enseñar la carta se ha reido de mi, y me ha hecho el gusto de leerla.

Te confieso que me ha picado un poco este desaire, como si no se fiera de mi buena fe. Ha calado mi recelo, y me ha restituido mi serenidad el mas ingenuo y generoso de los humanos. Confiesa, me ha dicho, que hablas menos de mi en esa carta de lo que acostumbrabas. Conviene en ello. ¿Era decente hablar mucho de él para enseñarle lo que decia? Pues bien está, replicó sonriéndose, mas quiero que hables mas de mí, y no saber lo que digas. Prosiguió luego en tono mas serio. El matrimonio es un estado muy austero y muy grave para sufrir todas las confianzas de frioleras del corazón que admite la tierna amistad. A veces templa este ultimo lazo como conviene la mucha severidad del otro, y es bueno que una muger honesta y de razon pueda cerca de una amiga fiel encontrar los consuelos, las luces y los consejos que sobre ciertas materias no se atreveria à pedir à su marido. Aunque entre vosotras dos no digais nada que no quisieras tú que yo supiera, guardate de hacer de esto ley, porque es de temer que te ate esta obligacion, y que sean menos gratas vuestras mutuas confianzas estendiéndose à mas personas. Creeme, la franqueza de la amistad se coarta de-

lante de un testigo, sea cual fuere. Mi secretos hay que deben saber los testigos, y que solo entre dos pueden decirse. Las mismas cosas fias de tu amiga que de tu esposo, pero no del mismo modo; y si quieres confundirlo todo, sacederà que tus cartas mas que à ella à mi irán escritas, y que no estarás à tu gusto, ni con uno ni con otro. Te hablo así tanto por mi interes como por el tuyo. ¿No ves que ya temes la justa vergüenza de alabarme en mi cara? Porque quieres privarnos, à ti del gusto de decir à tu amiga cuanto quieres à tu marido, y à mi del de pensar que en tus mas secretas conversaciones te complaces en hablar bien de él? Julia! Julia! añadió apretandome la mano y mirandome con dulzura: ¿te has de bajar à precauciones que tanto desdican de lo que eres, y no has de saber nunca estimarte en lo que vales?

Querida amiga mia, yo no acierto à decirte como hace este hombre incomparable, pero no sé sonrojarme de mi en su presencia. Mal de mi grado me encumbra à mas alta esfera que la mia, y veo que à fuerza de confianza me enseña à merecerla.

CARTA VIII.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA SEÑORA DE WOLMAR.

¿Como así, prima? ¿con que ha llegado nuestro caminante, y todavía no le he visto à mis plantas cargado de los despojos de las Americas! Te advierto que es à él à quien acuso yo de la tardanza, porque sé que no menos ganas tiene que yo de venir; pero veo que no está tan olvidado como tú dices de su antiguo oficio de esclavo, y menos que de su negligencia, me quejo de tu tirania. Pues bonito me parece que quieras que una grave y formal melindrosa como yo se tome la delantera, y abandonando todos sus asuntos eche à correr para besar una cara morena y agironada (1), que ha pasado cuatro veces por debajo del sol, y ha estado en la tierra de las

especies. Pero cuando me haces reír es cuando empiezas à reírme, de miedo de que te riña yo antes. El enfadarme es oficio mio, que es mi gusto y le desempeño à las mil maravillas, y me cae muy bien; pero tú, no es posible ser mas torpe, y no te da el naípe para reír con nadie. En cambio, si supieras que gracia tienes cuando haces por que te riñan, que bonita te pones con tu cara confusa, y tus ojos que piden perdon, en vez de reír pasarías toda la vida solicitando misericordia, sino por obligacion à lo menos por parecer bien.

Por esta vez pidemela de todos modos. Pues no estaba malo el proyecto de hacer de su marido su confidente; por cierto precaucion muy satisfactoria para amistad tan santa como la nuestra. ¿Injusta amiga y muger pusilanime! ¿pues de quien fiarás tu virtud en la tierra si de tus afectos y los míos te desconías? En el sagrado lazo en que vives puedes sin ofendernos à entrambas, tener tu corazón y mi indulgencia? No puedo comprender como no te ha repugnado la idea sola de admitir un tercero en las parladorias secretas de dos mugeres. Yo por mi, gusto mucho de charlar à mi sabor contigo, pero si supiera que alguna vez los ojos de un hombre andaban haciendo registro de mis cartas, no tendria gusto ninguno en escribirte, poco à poco se introduciria entre nosotras con la reserva la tibieza, y no nos querriamos mas que como otras dos mugeres cualesquiera. Mira à lo que nos esponia tu desconfianza tonta, si no hubiera tenido tu marido mas juicio que tú.

Ha obrado con mucha prudencia en no querer leer tu carta. Acaso hubiera quedado menos satisfecho con ella de lo que tú esperabas, y menos de lo que yo misma lo estoy, porque el estado en que te he visto me enseña à juzgar con mas timo de aquel en que te veo. Todos esos sabios contemplativos que han pasado su vida estudiando el corazón humano saben menos de las verdaderas señales del amor que la mas limitada de las mugeres sensibles. El señor de Wolmar habria notado lo primero que gastas toda tu carta en hablar de nuestro amigo, y

no hubiera visto la posdata, en que no dices palabra de él. Si hubieras escrito esta posdata diez años hace, no sé, hija mia, como hubieras hecho; pero hubieras metido por alguna rendija en ella à tu amigo, eso mas que no la habia de ver el marido.

Tambien hubiera notado el señor de Wolmar la atencion con que has examinado à tu huesped, y el gusto que eu describirle tienes, pero se tragaria à Platon y à Aristoteles antes de saber que à su amante se le mira, y no se le examina. Todo examen requiere una sangre fria que nunca tiene quien ve lo que quiere.

Finalmente se imaginaria que todas esas mudanzas que tú has observado no las hubiera reparado otro, y yo al contrario me temo que he de hallar otras que tú no hayas notado. Por diferente que sea tu huesped de lo que era, todavía mudaria mas si no estuviere mudado tu corazón, siempre le verias el mismo. Sea como fuere, apartas los ojos cuando te mira, tambien es buena señal. ¿Los apartas, prima! ¿con que no los bajas? Porque ciertamente no has equivocado una voz con otra. ¿Crees que tambien hubiera notado eso nuestro sabio?

Otra cosa muy capaz de dar inquietud à un marido es un no sé que tierno y afectuoso que queda en tus expresiones hablando de lo que quisiste. Quien te lea ó te oiga hablar necesita concocer bien para no equivocarse acerca de tus afectos; necesita saber que hablas así de uno que no es mas que tu amigo, ó que hablas así de todos tus amigos, pero en cuanto à esto, es natural afecto de tu caracter que tiene sobrado conocido tu marido para asustarse por ello. ¿Como en corazón tan tierno la amistad mas pura no se ha de dar cierto aire al amor? Escucha, prima, todo cuanto aquí te digo debe infundirte valor, pero no temeridad; tus adelantamientos son sensibles, y no es poco. Yo solo con tu virtud contaba; y empiezo à contar con tu razon; ahora doy tu cura, sino por acabada, por facil à lo menos, y ha hecho justamente lo suficiente

(1) Señalado de viruelas.